

## Érase una sonrisa superlativa

Supongamos que el mundo de hoy fuera distinto y que pudiéramos viajar, abrazarnos y vernos las caras en todo su esplendor. Supongamos que nuestra única preocupación es estar aprensivos ante el contagio de una sonrisa. Supongamos que estuviésemos ahora juntos y muy cerca, apapachados como dicen en México, dándonos calor en el friecito de Bogotá. Supongamos que después de hablar de Ivar saliéramos todos a bailar al son de las maracas, tomar mucha leche azucarada y comer galletas de canela; como lo hace Hamamelis y muchos otros personajes de sus libros. Supongamos por un instante que no tenemos miedo porque nuestros gobernantes fueron reducidos y metidos en frasquitos de vidrio de un salón de clases donde una maestra imparte una lección de biología. Supongamos que, en esa clase, la maestra y los niños, en medio de sus experimentos, descubren la cura a nuestros males. Supongamos, entonces, que al salir de esa escuela llega a buscarnos Chigüiro en su bicicleta y que con su infalible lápiz dibuja un avión. Y que yo, como lo he hecho todos los años en los últimos tiempos, me monto en ese avión y aterrizo en Bogotá. Y, por favor, continuemos suponiendo porque yo en este instante lo que más quiero es estar junto a Ivar da Coll para ver en persona su maravillosa sonrisa que siempre me reconforta.

Leemos las historias de Ivar y nos sonreímos. Sin duda, nos ha contagiado. Nos emocionamos con sus trazos despojados y sencillos como los que dan vida a Chigüiro, con sus inigualables espirales de acciones vertiginosas que suscitan una particular elipsis temporal y con sus rítmicos textos que juegan al ping pong con sus ilustraciones. Parece fácil. Claro que no lo es. Se trata de la concreción de la mirada de un artista que observa con atención su mundo, el planeta, América Latina, Colombia, y que sin miedo a la página en blanco y al espacio vacío, nos regala en sus relatos, entornos y personajes desde su acertada y personal perspectiva. A veces con absoluta síntesis y sencillez, otras con una línea desenfadada, asimétrica y juguetona que desafía la realidad y otras hasta con un minucioso y preciso canto barroco pleno de detalles cotidianos o fantásticos, pero siempre memorables. Nos hace sonreír. También reír a carcajadas, llorar un poquito, reconfortarnos y, por qué no, encontrarnos.

En los años '80 y '90 no era común (aunque con cierto pudor hay que admitir que todavía no lo es) poder encontrarnos como latinoamericanos, como colombianos y venezolanos en específico, en muchos aspectos culturales de nuestra región. Sobre todo, en aquellos rasgos que reflejaran una imagen de nosotros mismos en lo relativo a la infancia. Son pocos, pero siempre ha habido artistas que emprenden el camino para que podamos mirarnos de forma auténtica y profunda; para que comprendamos que nuestra identidad es peculiar, diversa y a la vez única y valiosa. Ivar es, por supuesto, uno de ellos. Es un pionero.

En aquel entonces y en medio de un mundo lleno de ositos, conejitos, gatos, perros, caballos, topos, ratones y demás criaturas de la tradicional taxonomía del reino animal del mundo de libros para niños, Ivar, como el Sr. Sorpresa, de tanto observar sabía lo que la gente de América Latina quería, lo que necesitaba y lo que nos podría hacer sonreír, y a nuestros hijos, y a los hijos de nuestros hijos. Retó al mundo con sus pinceles y nos regaló a un chigüiro. Un amable y particular roedor que también le dicen capibara o carpincho, según el lugar. Aguzando la mirada Ivar introdujo la diversidad en esa ortodoxa taxonomía: un mamífero local, un roedor gigante, para nada edulcorado, que atisba una mirada inquieta y una sonrisa franca a partir de la línea simple y despojada que lo conforma. Nuestro (porque ya es nuestro) Chigüiro rompió esquemas y paradigmas, se montó en la chiva con sus amigos, mono y gallina y los que vinieron luego, y determinó el camino para muchos en Colombia y América Latina. Este llanero amable, que es Chigüiro, nos introdujo en un nuevo imaginario, que no es otro sino el nuestro, el que siempre estuvo allí. Su nombre propio es también su especie: él es lo que es. Desnudo y silente, o quizá más bien despojado y afable, nos invita a pronunciar orgullosos nuestras letras ch y a alargar con dulzura nuestras u con diéresis inigualables. Suena fácil, pero no lo es. No hay concesiones, ni dudas al pronunciar la palabra chi-güiro.

En silencio, a solas, y a la vez, casi siempre con editores y amigos, Ivar trabaja desde sus inicios con talento, tenacidad, estilo propio y continuidad. Su obra nos devela su sonrisa y nos incita a creer que la vida, aunque pueda dar miedo y suponga situaciones complejas, está hecha primordialmente de pequeños conflictos cotidianos,

como tazas rotas, recetas de tortas de cumpleaños, malos vientos y pantuflas con huecos, que pueden resolverse a partir de la genuina amistad y la confianza en los otros. Un guiño que nos revela que, tal vez, cambiar el mundo y sus prejuicios es así de simple. Tan sencillo como intercambiar la rueda espichada de una chiva por un salvavidas inflable y, así, sentirnos bien o, al menos, un poco mejor para continuar en armonía los planes de viaje con nuestros verdaderos amigos, tan iguales y tan diferentes a nosotros.

En el exhaustivo y deslumbrante catálogo de la exposición Ivar y sus amigos para la Biblioteca Nacional de Colombia en 2007, Ivar dice: “Bien dice un dicho muy bonito: ‘Uno hace planes y Dios se sonríe’. Y yo he logrado sonreírme, no solo con Dios, también cuando me he enterado de que algunos niños han sido felices, aunque sea por un ratito, con mis cuentos.”

Esa sonrisa de Ivar da Coll pertenece a un caballero serio y de buen parecer, con ojos profundos y modales elegantes y sencillos, a la vez firmes y determinados. La sonrisa de Ivar da Coll no es solo de él, es de todos. Los que lo conocemos, los que los hemos visto bailar al son de las maracas mientras toma leche azucarada tenemos suerte y constatamos que esa sonrisa es contagiosa. También los que lo hemos escuchado contar cuentos a grandes y pequeños, y hablar en enormes audiencias. Pero, sin que quepa ninguna duda, la sonrisa cálida y contagiosa de Ivar se devela, sobre todo, en sus maravillosos cuentos: en sus historias, textos e ilustraciones que han hecho que tantos y tantos, aquí, allá y acullá, hallamos descubierto, entre muchas cosas, la dicha de una identidad propia, alejada de modelos tradicionales, que contribuye a conformar nuevos imaginarios plenos de inclusión y diversidad.

María Francisca Mayobre  
15 de octubre de 2020